

SERMON

DE LA SOLEDAD DE NUESTRA SEÑORA.

Et unum ex passeribus immolari jubebit in vase fictili super aquas viventes; alium autem vivum..... tinget in sanguine passeris immolati..... et dimittet passerem vivum, ut in agrum avolet.

Y á uno de los pájaros mandará degollar en una vasija de barro, sobre aguas vivas; y al otro vivo.... teñirá en la sangre del pájaro inmolado.... y soltará el pájaro vivo para que vuele al campo.

(Levitici, c. XIV, vs. 5, 6 et 7.)

Dejad, mis amados hermanos, dejad al pueblo deicida que baje espantado la escarpada pendiente del monte Calvario; dejad que los chacales ahullen tristemente á orillas del Cedrón, interrumpiendo el silencio de la noche, después del horrible sacudimiento de la naturaleza entera; dejad que del costado del Salvador, brutalmente herido, mane un torrente de sangre y agua; dejad, si así os place, también, al Centurión, confesando la divinidad del Crucificado; dejad á los Santos Varones, pidiendo al Pretor con intrepidez generosa el cuerpo de Jesús, descolgándolo del madero de afrenta, envolviéndolo en sus lienzos, perfumándolo con sus aromas; dejad pasar, repito, si podéis, por un instante, todos esos misterios que se operan en la cumbre del Gólgota, y los preparativos para la sepultura del Hijo de María, y fijaos tan sólo ahora, en Ella, ¡en su Madre!

En el capítulo XIV del Sagrado Libro del Levítico, al ordenar Dios á Moisés el rito y la ley de la purificación del leproso, ya curado, pronuncia desde luego las palabras que puse por texto de mi discurso sobre la Soledad de María; «y luego que el inmundo haya salido del campamento (dice), y se haya hecho presente al sacerdote, que examinará si la lepra ha desaparecido por completo, le mandará traer dos aves, de las que puede alimentarse el pueblo de Dios, y un palo de cedro, y grana, é hisopo; y le mandará inmolarse una de esas aves en una vasija de barro sobre aguas vivas; y teñirá á la otra triste ave compañera, como asimismo el palo de cedro, la grana y el hisopo en la sangre del ave inmolada, para ungir luego, siete veces, al hombre libre de la lepra; y soltará después el ave viva (testigo de la muerte y sacrificio de su hermana de cautiverio), para que vuele al campo.»

Basta; creo que me estáis comprendiendo ya: el rito del Levítico se ha trasladado por un momento, y en más solemne y sublime realidad, al Calvario: el género humano, leproso curado ya, ha salido á ese monte, fuera del campamento, como han salido las víctimas; la una ha espirado, sacrificada en lo alto del cedro del Líbano de la redención, y ésta es Jesús; la otra, teñida en la sangre del ave de su corazón, porque lo ha tenido en sus brazos, es María.

Nada ha faltado, pues, para la ceremonia legal, esta vez horriblemente cruel y sangrienta: el ave sacrificada, lo ha sido sobre un vaso frágil y quebradizo, sobre un corazón de criatura humana, y sobre el torrente del agua viva de sus lágrimas; y esta pobre y tierna avecilla, que ha presenciado, retenida, hasta el fin por el amor, el sacrificio sin piedad de su compañera, ha sido después puesta en libertad, mejor diré, abandonada á la soledad más espantosa y terrible.

Miradla bien, mis hermanos; miradla bien, y no la llaméis ya bella Noemí, sino desgraciada y triste *Mara*; porque el Omnipotente, en frase revelada, ha llenado su corazón de amargura: fijaos bien, os lo suplico en nombre de María sin

Jesús, en esa herencia funesta, en ese legado de dolor y de abandono que cantó Jeremías, hablando de un ave misteriosa, teñida por entero..... heredad infortunada, que comparó á la del león en la selva devorando su presa entre rugidos.

¿Qué vamos á hacer nosotros ahora, señores? Jesucristo yace silencioso en el sepulcro prestado del huerto de José de Arimathea, y parece no escuchar nuestros gemidos de dolor y de arrepentimiento, ni necesitar ya de nuestros cuidados: los discípulos han huído como ovejas sin Pastor, según la predicción de su Maestro, ni más ni menos que nosotros huimos á todas horas cuando se renueva la Pasión de Cristo en su Iglesia: los hombres de la Ley, impenitentes en su malicia, como muchos otros que cierran sus ojos á todas las pruebas y á todas las evidencias de la verdad y del bien; el pueblo temblando porque siempre será instrumento de los malvados y de los atrevidos, y bajará eternamente de todos los Calvarios, golpeando tarde, muy tarde ya, su pecho: es preciso acudir á María, á la noble y desconsolada víctima, que aún vive milagrosamente después de tantos dolores y tristemente abismada en el supremo: es preciso contar, si nos es posible, una á una las gotas de agua viva depositadas en la copa de su pobre corazón en las treinta y seis horas que mediaron entre la sepultura y la resurrección de Jesús; y al contarlas, devolvérselas en parte en nuestras lágrimas como vivo y eficaz testimonio de nuestro consuelo, de nuestro dolor y de nuestro arrepentimiento.

Permitid, ¡oh Madre! sola y abandonada, que vuestros hijos, que nunca os abandonan, os saluden, aunque triste y silenciosa, con las palabras del Arcángel de la fortaleza.

AVE MARÍA.

Mis amados hermanos: María está realmente sola y abandonada, sin su Jesús, desde el momento en que entregó su espíritu al Padre, es verdad; pero le contemplaba dulcemente

dormido en la Cruz, y se recreaba, en cierto modo, contando sus llagas y esperando recibirle en su desconsolado regazo para volverlas á contar, y como canta la Iglesia de la niña mártir Eulalia de Mérida, leer en aquel libro abierto en su propia carne, y aprender en ellas, más fijas así aún en su corazón, el dulce nombre del Amado de su alma y los trofeos de la victoria en que ella tenía tan noble y principal parte.

Pero cuando le fué arrancado del seno el mortal querido despojo; cuando le siguió al huerto del generoso discípulo, que prestaba un lecho de muerte á Aquel que menos afortunado y más poore que los polluelos de la tórtola, no tenía, según su hermosa expresión, una piedra propia en que reclinar su ensangrentada cabeza; cuando llegó cerca de aquel sepulcro que hubiera deseado compartir con el alma de su alma, y la vida de su vida; cuando, por fin, la losa que cubría el monumento cavado en la roca, se colocó dura, implacable, fría, entre el Hijo y la Madre, entonces, y sólo entonces, mis amados, comenzó el espantoso reinado de la soledad en torno de María abandonada.

¡Ah! ¡su Jesús quedaba allí, el Jesús del establo, de Belén, de la casita de Nazareth, del Egipto, del Templo, y de los dulces recuerdos de la infancia, y de una maternidad feliz! ¡el Jesús joven que hizo renacer una santa y prudente alegría en las bodas de Caná por sus ruegos! ¡el que devolvió al príncipe de la Sinagoga á su pequeña idolatrada, sin permitir la salida de su féretro coronado de rosas, del hogar paterno! ¡el que no consintió que la pobre y desconsolada viuda de Naim viera cerrar sobre su hijo único y sobre su corazón la piedra fatal del sepulcro! ¡el que hizo salir, por fin, del mismo á su buen amigo Lázaro, ante las lágrimas de otra María más dichosa!

¡Agar, sin ángel de protección! ¡Sunamita, sin Profeta de consuelo! ¡viuda de Sarefta, sin aceite, ni sustento para la triste morada de tu alma! ¡Bersabé, privada sin culpa alguna del dulce fruto de sus entrañas! ¡María, sin Jesús! ¡Dios te consuele, pobre Madre! mas ¿qué digo?

María, mis hermanos, lo ha perdido todo al perder el dulce fruto de sus virginales entrañas y al purísimo objeto de sus castos y constantes amores: ha perdido á su Padre, á su Hijo, á su Esposo, á su amigo, á su guía, á su luz, á su protección, á su consuelo, á su Dios, en fin; sí, que el Padre ya la intimó la bebida amarga de ese cáliz al preguntarla si quería ser Madre de Jesús; que el Hijo ya la habló de una espada, que antes profetizara el viejo sacerdote del Templo, que separaba aun los más puros afectos y sentimientos del alma; que ya preguntó, en frase misteriosamente dura, quiénes eran su Madre y sus hermanos..... que ya la rechazó, aparentemente, en la petición humilde de su primer milagro público, y la negó el dulce título de Madre desde la Cruz; que el Espíritu Santo, por fin, falló contra ella, como contra una esposa repudiada desde la juventud, en palabra de la revelación, dándola un amor tan violento como la muerte, y tan cruel é insondable como el abismo: ¡pobre Madre sin consuelo! ¿á dónde volverás tus ojos?

Al Calvario, mis hermanos, porque allí tiene todavía que recoger los restos de la triste herencia del león en la selva y del ave sacrificada que ha teñido en sangre el palo de cedro, y la grana y el hisopo, y todo cuanto ha tocado, para la purificación del hombre leproso; porque allí, sin losa que los separe de la vista de la pobre Madre, están la Cruz, la corona, los clavos, el martillo, los cordeles, acaso todavía el vaso de amarga bebida, y la esponja que tocó los labios agostados de sed, del Hijo de Dios, y la lanza que atravesó su pecho..... y todos estos son muy valiosos, aunque desgarradores recuerdos para María; la Iglesia lo ha sabido cantar mejor que yo pudiera hacerlo, en bellísimas estrofas y en inspirados himnos á María desolada en la cumbre del monte de la mirra y del collado del incienso.

María pisa otra vez aquel suelo empapado en la sangre del que tanto amó: fija su triste mirada en la Cruz, y la Cruz está ya sola; árbol despojado de su copioso y dulce fruto, pasó ya

la primavera, y vino el otoño con sus tristezas y sus hojas caídas á oprimir con nuevo dolor de abandono y de soledad insondable el corazón de la Madre más amorosa; tiende á ella sus brazos, y como Andrés, el amante discípulo enamorado de la Cruz en que murió su Maestro, la saluda con maternal cariño, y la pide nuevamente morir en ella, recostada en sus duras y ásperas fibras, que se estremecieron al contacto de un Hombre Dios y contaron asombradas y atónitas los latidos de su corazón, los suspiros de su pecho, las palabras de su boca y las convulsiones de su agonía! luego baja los ojos nublados por el dolor, y busca en la tierra..... nueva, segunda y castigada Eva inocente y reparadora; la pide un asilo en sus entrañas de roca, y se inclina para recoger la funesta guirnalda de abrojos y espinas prometida al hombre leproso en el Edén primero, y noblemente sufrida por el segundo Adán; los instrumentos todos de la Pasión la rodean, pero sus ojos parecen buscar aún alguna cosa, mientras los estrecha contra su corazón, y los cubre con sus besos y con su llanto: ¿qué busca, mis hermanos? ¡ah! ¡busca la túnica!

¡Patriarca Jacob, no salgas de tu sepulcro, porque aumentarás el dolor y el abandono de la pobre y casta doncella de Nazareth! ¡Grande fué tu pesar, sin duda alguna, al fijar tu mirada en la sangrienta túnica, que en mentira cruel y en despiadado engaño, te presentaron un día de luto y desolación tus hijos, mercaderes de su hermano y asesinos del que les dió el ser! ¡Pero tú veías aquella túnica, pero tú besabas aquella sangre del inocente cabritillo inmolado para encubrir la más infame bajeza, y para acibarar los últimos días de tu vejez angustiosa! ¡Y María, la Madre del mejor y más inocente Josef, sacrificado á la envidia y al furor de la Sinagoga, no puede hallar aquella túnica inconsútil que tejieron sus manos de Virgen y de Madre en más felices días, porque ha sido presa del soldado á quien la adjudicó el azar! ¡Jacob, Jacob, vuélvete á tu sepulcro! ¡no enseñes esa túnica á María, porque podrás con su vista darla la muerte!

En profética y admirable visión, Esdras, el reedificador de la Ciudad y del Templo, encuentra fuera de muros, en solemne marcado instante, una señora de grave y noble continente, de aspecto triste y lloroso, enlutada y cubierta, que vaga, incierta y errante, por aquellos contornos; quiere consolarla, pero en vano; la aconseja regresar á la ciudad y buscar algún alivio á su dolor, en el seno de sus parientes y amigos; pero toda su compasiva solicitud se estrella ante la inquebrantable resolución de aquella misteriosa mujer, que quiere únicamente, y marchando al acaso, llorar sin intermisión, sola y abandonada de todos, hasta exhalar el último suspiro.

No de otra manera María, en su Soledad, vagando por las crestas del Gólgota; no de otra manera el Profeta del Testamento Nuevo, Juan, y los Varones y las Santas Mujeres, procurando apartarla de aquellos sitios funestos, hacerla penetrar de nuevo en la ciudad, y recogerla entre solícitos cuidados, en la casa del amado discípulo, en el Cenáculo, para confortar con su presencia, en aquella crisis suprema, al rebaño sin Pastor, y prodigarla á su vez todos los consuelos que reclama su situación verdaderamente cruel y desolada.

¡María vuelve al fin á Jerusalén, doloroso camino nuevamente recorrido por la pobre Madre! ¡Puerta Judiciaria, vía teñida aún con los vestigios sangrientos de la Víctima, apártate de la vista del ave puesta en libertad y retenida por el amor en la prisión de una soledad sin semejante! ¡Sobre aquellas sendas, en el dintel de esa puerta está Isaac subiendo penosamente al monte Moria, agobiado bajo el peso enorme de la leña destinada para la pira de su sacrificio! ¡Amasa, tendido en medio de ellas, clama venganza contra el sangriento y traidor Joab! ¡Abel, inmolado no lejos de su rebaño, se ha estremecido allí bajo los golpes de Caín el fratricida! ¡Cristo habló también allí, sin aliento, bajo el peso de la Cruz, y habló, destrozado el corazón por el llanto de las santas mujeres, de las futuras calamidades del pueblo que le enviaba al suplicio, y despreció, generoso y bueno, sus propios dolo-

res, para excitarlas únicamente á llorar por ellas y por sus hijos!

Con el corazón oprimido, martirizado por todos esos recuerdos, María, sola y abandonada á su dolor en medio de sus afligidos seguidores, entra por último en la ciudad deicida, ¡Jerusalén! ¡ah! ella la ve bajo el símil espantoso profetizado en Jeremías, cual una hiena del desierto, encorvado su deforme lomo, inflamadas sus ardientes pupilas, agitando precipitada su lengua en torno de los feroces convulsos labios, girando al rededor de los sepulcros, á fin de henchir su vientre ávido en las carnes de los muertos, sembrando en torno de sí, sólo por el placer de matar, la desolación y el espanto! ¡Triste heredad de María, constituida, según la frase terrible del Profeta del dolor, á semejanza de la caverna de la hiena, en abandono y soledad espantosa! ¡Heredad predilecta suya, porción amada de su alma, convertida en solitario desierto de tristeza!

Ve los complots y los conciliábulos de los fariseos, y las precauciones que se toman para apoderarse de Jesús, porque temían al pueblo que le quería, porque Él había hecho bien, únicamente, á todo el mundo: ¡todavía recuerda el llanto y las palabras de su amado Hijo sobre la desdichada Ciudad, cuando la profetizó su abandono, y su destrucción, y sus desgracias, porque como el ave recoge bajo sus alas su tierna cría, quiso Él muchas veces, mil, á todas horas, recoger á sus hijos y estrecharlos contra su corazón, y ella ¡ingrata! preparó una Cruz para su Salvador y su Padre!

Hermanos míos, vamos ya recogiendo muchas gotas ¿no es verdad? y el pobre y frágil vaso de nuestro corazón, que es muy pequeño, rebosa de aguas vivas de lágrimas, al contemplar el torrente que inunda el de la Madre de Dios; pero sufridme aún una gota más: vamos, por un momento siquiera, al Cenáculo.

¡Santo y dulce aposento, aún perfumado por el aroma de los misterios, entre tus paredes hace un instante operados! seas tú ahora, y sólo tú, el sepulcro de María, tú, habitación